



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-11

EXISTIR CON EL PUEBLO

Jacques Maritain

Transcripción del capítulo XI del libro de escritos de Maritain,
'Razón y razones', de 1947, recopilados y editados por
Monseñor Charles Journet.

Cuando hablamos de las realidades de la historia humana, nos sentimos inclinados a considerar las cosas desde el punto de vista de la acción y de las ideas rectoras de la acción. Pero hay que considerarlas también, y en primer término, desde el punto de vista de la existencia; quiero decir, que existe otro orden, más primitivo, que el de la actividad social y política: el orden de la comunión de vida, de deseo y de sufrimiento. Dicho en otras palabras, conviene distinguir la categoría *obrar para* u *obrar con*, de la categoría *existir con* y *sufrir con*, que corresponde a un orden más profundo de realidad.

Obrar para pertenecer al mero amor de benevolencia; existir con y sufrir con, al dominio del amor de unidad. El amor está dirigido a un ser existente y concreto. A pesar de lo que diga Pascal, amamos a las personas, no las "cualidades". Amor al ser que amo, ya tenga éste razón o no; y deseo existir con él y sufrir con él.

Existir con es de categoría ética. Existir con no significa vivir con alguien en un sentido físico o de la misma manera que él; tampoco significa solamente amar a un ser en el sentido de desearle el bien; sino que significa amarlo en el sentido de convertirse en una misma cosa con él de llevar su carga, de vivir con él una vida moral común, de sentir con él y de sufrir con él.

Si amamos a esa cosa viva y humana que se llama el pueblo y que, lo mismo que todas las cosas humanas y vivas, bien lo sé, es muy difícil de definir, pero por eso tanto más real, querremos primero y primordialmente existir en comunión con él.

Antes de “hacerle bien” y de trabajar para su bien; antes de practicar o de rechazar la línea política de éste o aquel grupo que pretende defender los intereses del pueblo; antes de pesar concienzudamente el bien y el mal que puede esperarse de las doctrinas y de las fuerzas históricas que lo solicitan, y antes de elegir entre ellas o, tal vez, en ciertos casos excepcionales, antes de rechazarlas a todas, antes de hacer cualquiera de estas cosas, habremos elegido existir con el pueblo, sufrir con el pueblo y hacer nuestros sus trabajos y su destino.

1.- Clase, raza, pueblo

Tal como las nociones de clase y raza afectan la conciencia y los debates políticos de nuestra época, *clase* es un concepto económico-social y *raza* – cualquiera sea su valor científico, que yo, por mi parte, considero muy débil – es un concepto biológico-social. En ambas nociones, y mucho más en la segunda que en la primera, “lo social” está calificado por uno de los elementos inferiores que entran en su constitución. La noción de *pueblo* es una noción ético-social y aquí la palabra “ético” no hace sino repetir y subrayar, por así decirlo, la palabra “social” misma.

El vocablo pueblo puede designar toda la multitud; puede también designar las capas inferiores de la sociedad. Ninguna de estas dos definiciones responde exactamente al sentido que el pueblo tiene de sí mismo. Si tomáramos como guía ese sentido o ese instinto, veríamos sin duda que se refiere a cierta comunidad de límites fluctuantes, comunidad más restringida que toda la multitud con características más arraigadas y más típicamente humanas que las de las “capas inferiores de la sociedad”. Evidentemente, en un sentido negativo, el pueblo se

manifiesta como la masa de los no privilegiados; y en su sentido positivo, creo yo que se manifiesta como esa comunidad moral centrada en el trabajo manual – que a veces llamamos “clases trabajadoras” – (con la inevitable imprecisión de fronteras que esta expresión comparte), comunidad constituida por la masa de los que se dedican a un trabajo manual, obreros y campesinos y por los diversos elementos que de hecho, son moral y socialmente solidarios de esa masa.

Al decir “comunidad moral” estoy afirmando, por eso mismo, que el pueblo no se define solamente por este carácter central de la función del trabajo, sino también por cierto patrimonio histórico vinculado al trabajo, y hecho de dolores, esfuerzos y esperanzas; aquí interviene la dimensión del pasado y de la memoria. Debemos tomar también en cuenta, asimismo, para definirlo, cierta vocación y cierto comportamiento interior y moral (y aquí interviene también la dimensión de la conciencia), cierta manera de comprender y de vivir los sufrimientos, la pobreza, las opresiones y, sobre todo, el trabajo mismo, cierta manera de concebir cómo debe el hombre ayudar o corregir a los otros, cierto modo de considerar la alegría y la muerte, de pertenecer a la masa anónima y de tener en ella un nombre; cierta manera de ser “siempre los mismos los que se hacen matar”.

2.- Las connotaciones de la palabra pueblo

Creo que la idea de pueblo, tal como se la entiende hoy día (por lo menos cuando se la entiende en el sentido ético-social y no racial), tiene origen cristiano y, por así decirlo, “parroquial”. La idea del “pequeño pueblo de Nuestro Señor”, la idea del pueblo de los pobres que tienen prometida la bienaventuranza y que gozan de una eminente dignidad en la comunión de los santos; esta idea, pues, que fue pasando poco a poco, del orden espiritual al que pertenece, al orden temporal, y allí, despertando el sentido de comunidad moral ya mencionado, contribuyó el concepto esta vez ético-social, del pueblo trabajador, idea que no es ni la noción antigua (más bien cívica y nacional) del *populus*, ni la de la *plebs*.

El resultado fue lo que Augusto Comte habría llamado un “feliz equívoco” entre la imagen de los pobres, de los que sufren, de los desheredados, y la imagen del vigoroso trabajador. Este equívoco puede ser exasperante y determinar un sentimentalismo y un romanticismo espurios, en la medida en que se considere la

primera imagen como una categoría natural de la sociedad, definida por la compasión o bien por el resentimiento que ella despierta, Trátase de un equívoco bien fundado, en el sentido de que, en efecto, el vigoroso trabajador, las más de las veces, no posee herencia alguna y está condenado a una condición de pobreza (que hoy día la clase media conoce tanto como el proletariado); y en el sentido de que la mayor parte del pueblo es un grupo de condiciones de existencia no privilegiadas (es decir, que en el mundo actual no se trata ya tan sólo de pobreza, sino que para una abrumadora cantidad de gente, se trata también de miseria, servidumbre y opresión).

Después hubieron de intervenir muchos otros factores. En la época en que el capitalismo alcanzó su apogeo, Karl Marx, en virtud de la atención preponderante que asignaba a la estructura económica de la sociedad, fundió la noción de clase (proletariado) con la noción de pueblo y trató de que la primera absorbiera a la segunda. Hoy vemos que esa operación era artificial y contraria a la naturaleza de las cosas; porque ni a la idea de *clase*, y menos aún a la de *raza*, se concede un valor primario y de nivel auténticamente humano, sino a la idea más amplia de *pueblo*.

Como lo señalé en otro libro, una importante conquista histórica lograda en el curso del siglo XIX fue “la adquisición de conciencia de la dignidad del trabajo y de la dignidad del obrero, de la dignidad de la persona humana en el obrero como tal”. De hecho, lo que se desarrolló fue más una conciencia de la personalidad popular que una conciencia de clase. La dimensión de la conciencia está ligada aquí, como en todas partes, a la conciencia del pasado y a la memoria. La conciencia de una personalidad en desarrollo, condición del nacimiento futuro de una democracia personalista, se formó progresivamente por el lento trabajo del movimiento obrero en toda su complejidad histórica, primero para el proletariado y luego, poco a poco, para los otros elementos que constituyen el pueblo.

3- Una elección fundamental

Puede ocurrir que, en ciertos momentos críticos, nos preguntemos dónde está realmente el pueblo, así como en la época del gran cisma el católico podía preguntarse, ¿dónde está, verdaderamente, la Iglesia? La dificultad práctica

de discernir una realidad, no suprime esa realidad. Quien ama al pueblo sabe que el bien de la comunidad política o de la patria, o el bien de lo que es eterno en el hombre, pueden exigirle rechazar estas ideas o aquellas fuerzas históricas que obran en el pueblo, pero que nunca le exigirán romper con su comunión temporal con el pueblo, o dejar de existir con el pueblo. Por el contrario, la existencia con el pueblo está implícita en el bien mismo de la comunidad terrenal y en el bien mismo del reino de Dios, militante en la tierra. Separados de la existencia con el pueblo, el bien común del conjunto político se vuelve artificial y frágil, y la misión de la Iglesia (su vida misma) queda sin cumplir.

Si las ideas y las fuerzas históricas (a veces son las peores) que en un determinado momento ejercen su acción en el pueblo, son contrarias a la verdad y al bien del hombre, lucharé contra ellas y me esforzaré por modificarlas; pero no dejaré por eso de existir con el pueblo, si, al principio, decidí existir con él.

Y ¿por qué habría elegido yo existir con el pueblo? Porque, y esto desde el punto de vista de las connotaciones religiosas y cristianas, es al pueblo a quien ha de predicarse en primer término el Evangelio, es al pueblo a quien Cristo amaba. ¿Y cómo sería posible evangelizar a aquellos con quienes no vivimos y con quienes no sufrimos? Lo que en el vocabulario sagrado se designa como “las multitudes” de que Cristo tenía compasión, son “las masas” en el vocabulario profano y temporal.

Además, y esto desde el punto de vista de las connotaciones éticas sociales, por grande que sea el mal en el pueblo y por grande que sea su extravío, el pueblo es la gran reserva de espontaneidad vital, y de no fariseísmo. El hecho mismo, el hecho cuantitativo de que sea la masa, importa aquí porque es en la masa donde la vida se arraiga.

Y, por último, en el momento actual de la historia del mundo el pueblo es también, en su movimiento de ascenso a su mayoría de edad histórica, la reserva carnal de una nueva civilización. O bien la civilización se funda en la esclavitud de las masas, o bien es menester que la civilización esté de conformidad con el movimiento evolutivo de aquéllas.

4.- Existir y sufrir con el pueblo

La Iglesia es el reino de Dios “en un estado de peregrinación y crucifixión”; encargada, no de dirigir los negocios temporales, sino de guiar a los hombres hacia la verdad sobrenatural y la vida eterna, la Iglesia en sí, en su vida y en su misión espiritual, existe con el pueblo y sufre con el pueblo, no puede sino existir con él. Si entendiéramos mejor el misterio de la Iglesia, comprenderíamos que, en medio de las vicisitudes de las cosas temporales, lo que ella persigue y exige, antes que nada, es no estar separada del pueblo. ¡Cualquier cosa antes que esa monstruosa separación! Porque, en efecto, la voluntad y la misión de la Iglesia es dar al pueblo la sangre vivificante de Jesucristo.

Y aquí es donde el diablo entra en juego. Usando sus tretas para confundir, no sólo el espíritu de los enemigos de la Iglesia, sino también el de un buen número de sus amigos (sobre todo de aquellos que sin ser cristianos pretenden “defender el cristianismo”, por razones ajenas a las buenas nuevas de Jesucristo), el Mentiroso por excelencia transforma esta voluntad de la Iglesia, esta voluntad evangélica, eclesíástica, esta voluntad santa, en la ilusión exactamente contraria (y perniciosamente contraria) de una voluntad política de gobierno o de clases sociales que tratan de dominar al pueblo por medio de la Iglesia. Pero, vividas o sencillamente soñadas, las ilusiones no duran; de manera que las puertas del infierno, ya sean de izquierda, ya sean de derecha, no prevalecerán contra la Iglesia.

El orden propio de la Iglesia es el orden espiritual. En el orden temporal se exige a los cristianos como miembros de la comunidad terrenal que existan con el pueblo y que sufran con él; quiero decir, con respecto a los fines temporales de la historia humana y a los efectos de trabajar con el pueblo, con miras a sus realizaciones.

Claro es que para cada cristiano, considerado individualmente, no existe una obligación moral de “existir con el pueblo”, en el sentido en que entendemos aquí esta expresión. Imponerle tal obligación sería confundir los planos, sería confundir lo religioso con lo social, mezclar lo espiritual con lo temporal. Lo que digo es que si de una manera colectiva y en la mayor parte de los casos, las formaciones temporales de denominación cristiana dejan de existir, así, con el pueblo, en el mundo se produce un profundo desorden que cuesta caro.

A menudo se han recordado, y cuán justamente, las palabras del papa Pío XI sobre el “gran escándalo del siglo XIX”. La clase trabajadora se apartó de la Iglesia porque el mundo cristiano se había apartado de la clase trabajadora. Para que el pueblo exista con Cristo, es menester que los cristianos existan con el pueblo.

Lo que autoriza a alimentar una esperanza en lo temporal es el hecho de que un número cada vez mayor de católicos comprende estas cosas. ¿Citaré a este respecto las “fraternidades de trabajo” y sindicatos cristianos de hombres y mujeres pertenecientes a órdenes religiosas y que ahora se están desarrollando en Francia? [1] Estas fraternidades existen realmente con el pueblo, comparten sus trabajos, su preocupación y su pobreza, y están llevando a cabo una extraordinaria renovación.

La fuerza de los revolucionarios marxistas procede menos de su ideología que del hecho de que, si bien por un lado se esfuerzan por desintegrar el movimiento obrero, esos revolucionarios existen con el pueblo..., para confusión del pueblo. Pretenden que para existir con el pueblo es necesario afiliarse a su partido o cooperar con él. Esto es mentira. El caballo de batalla “unidad de acción de la clase trabajadora”, que los marxistas proclaman cuando les conviene, no es sino una perversión política del genuino concepto de comunión existencial con el pueblo. Es evidente que uno puede existir con el pueblo y aborrecer al comunismo, al mismo tiempo. Sólo que, quien desee sustituir en la existencia real el marxismo y las ideologías materialistas por una justa visión de las cosas, debe primero existir con el pueblo. Para aplicar eficazmente la doctrina social de las encíclicas papales, se requiere una condición previa: existir con el pueblo.

La debilidad de muchos movimientos políticos improvisados se debe a que no llenaron esta condición preliminar. No hablo aquí del hecho de reclutar entre el pueblo adeptos más o menos numerosos. Me refiero a algo mucho más profundo, que sucede primero en el interior del alma, como ya procuré explicarlo más arriba. La tragedia de un Mussolini consistió en que, a fin de obrar para el pueblo (pues aquel hombre alguna vez amó realmente al pueblo, a ese pueblo italiano tan dotado de virtudes), dejó de existir con el pueblo, de modo que terminó por existir sólo con el Estado.

1 Aludo especialmente a los “hermanitos” y a las “hermanitas” (Petits Frères y Perites Soeurs de Jesús) que siguen las enseñanzas y la inspiración del padre Foucauld.

5.- La acción política y la acción evangélica

Es evidente que el resultado normal de existir con el pueblo es una acción política y social con el pueblo y para el pueblo, y, asimismo, un esfuerzo por fomentar el progreso de la justicia social. Ésta no es sencillamente una cuestión de ajuste técnico o de mejoras materiales. Es menester aquí una idea de la dignidad de la persona humana y del valor espiritual de la justicia, de la libertad y del amor al prójimo. La tarea consiste en cooperar en la preparación de un nuevo orden, inspirado en el espíritu del Evangelio.

Hoy no ignoramos que semejante tarea podría ser acaso irrealizable en ciertas circunstancias trágicas. Pienso en los pueblos sometidos al poder despiadado de una dictadura totalitaria, pienso en las pruebas a que están sometidas las naciones situadas detrás de la cortina de hierro. ¿Cuál es, pues, la posición de la conciencia cristiana con respecto a su responsabilidad con el pueblo? Consideremos el ejemplo del caso más perfecto de regresión política; es decir, el caso de la vida en un campo de concentración. Quienes agonizaron en los campos de concentración saben que Büchenwald o Ravensbrück no eran sólo mataderos, sino que constituían una especie de sociedad, una sociedad de pesadilla, en la que la conquista del poder era una cuestión de vida o muerte, como lo demostró la despiadada lucha entre los verdes y los rojos, es decir, entre los prisioneros comunes y los prisioneros políticos.

Y no necesitamos hablar de la gente que decidió aceptar toda clase de medios nauseabundos – espionaje, crueldad, traición, cooperación con los opresores y torturadores, asesinatos directos o indirectos de compañeros de prisión – para medir cuál era la nota dominante en una sociedad tan degradada. Había allí otra clase de gente, generalmente cristianos, que también emprendieron una especie de lucha política para sustraerse a la feroz disciplina de sus carceleros, pero que al hacerlo se esforzaban por someter a las exigencias de la ley moral las decisiones que se veían obligados a adoptar en medio de esas bárbaras circunstancias.

Sin embargo, otros cristianos se mantuvieron en la creencia de que toda acción política llevada a cabo allí estaba condenada a vincularse con el mal; en otras palabras, pensaron que estaban frente a una “catástrofe del orden político”; por lo menos, según su temperamento o su conciencia de una vocación superior, éste era un hecho para ellos.

Para quienes, en una situación histórica dada, se encontraran frente a semejante catástrofe del orden político, las sendas de la acción política dejarían de existir..., contra su voluntad y, por así decirlo, por obra de la violencia. Así y todo quedaría el orden de la acción evangélica. Entonces, en el alma de esos hombres, como requeridas por los mismos acontecimientos, se despertarían las potencialidades sacerdotales por decir así, que la gracia de Cristo deposita en cada uno de nosotros. Esos hombres se dedicarían a la acción de un orden evangélico y “sacerdotal”, únicamente a servir a sus semejantes, a las obras de Antígona que, a pesar de todas las opresiones, atestiguan del amor fraternal y de la piedad, y nos llevan a la más profunda comunión y exigen, tanto como las obras políticas, que arriesguemos nuestra vida o que la entreguemos. Esto sería todavía existir y sufrir con el pueblo, pero obrando con éste sólo en un plano evangélico y casi sacerdotal.

Siempre tuvimos necesidad de esa acción evangélica. Teniendo en cuenta el paso que está marcando el mundo, tal acción será probablemente cada vez más necesaria. Pero mientras un destello de civilización resplandezca, los hombres no se verán obligados a recurrir exclusivamente a estos medios. La naturaleza misma del hombre exige la acción política. Es menester salvar la libertad. Y para salvar la libertad, el mundo de hoy aspira desesperadamente a ejercer la acción política en su propio campo, una acción política penetrada y vivificada por la inspiración evangélica, a través del instrumento de los cristianos que existen con el pueblo.

